GENERACIONES

lucille clifton





traducido por laura salas rodríguez

DISEÑO DE COLECCIÓN: © Donna Salama
DISEÑO DE CUBIERTA: © Donna Salama
FOTOGRAFÍAS: cortesía de la autora
FOTOGRAFÍA DE SOLAPA: © Rachel Eliza Griffiths

IMPRESIÓN: KADMOS
Impreso en España – Printed in Spain

IBIC: FA
ISBN: 978-84-126039-5-8
eISBN: 978-84-126528-7-1
DEPÓSITO LEGAL: M-29983-2022

www.editorialtransito.com

Síguenos en:

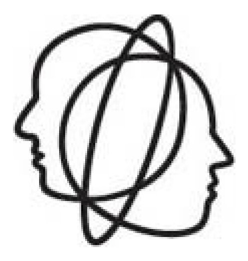
www.instagram.com/transitoeditorial

www.facebook.com/transitoeditorial

@transito_libros

GENERACIONES

lucille clifton



traducido por Laura Salas Rodríguez

Contenido

Introducción

¿Cuál es nuestra relación con la historia? ¿Le pertenecemos, o nos pertenece? ¿Nos hallamos en su interior? ¿Corre por nuestras venas y fluye como agua, o como sangre?

Creo que, al menos en Estados Unidos, las respuestas a esas preguntas dependen de quién eres —o, mejor dicho, de quién te han enseñado a creer que eres—. Si la historia de la que desciendes ha sido trazada, adaptada, mitologizada, representada y transmitida como si fuese la historia central que define un continente, quizás haya que perdonarte (hasta cierto punto) por haber sucumbido a una distorsión colectiva.

Pero ¿qué ocurre si procedes de una historia que el mundo en general ha registrado, no como vidas y hazañas, sino como artículos de inventario? Hombres, mujeres, niños, enumerados según su edad y su valor como propiedad. ¿Qué ocurre si la amplitud de esas vidas —lo que soportaron, sí, pero también lo que engendraron, recordaron, presenciaron y consiguieron— ha sido acallado, negado, tachado, o directamente borrado? ¿Qué ocurre si recuperar tu historia completa arroja una luz descarnada sobre la mentira de esa otra historia, más ruidosa?

Eso es: luz. Ha tardado tres párrafos en irrumpir como metáfora, a pesar de que recorre la obra de Lucille Clifton como una fuerza vital. La luz viene a ella. La luz habla. La luz emana de las figuras de la historia y el mito, como Lucifer —«el que trae la luz» a Dios—, a quien Clifton reivindica como tocayo y a quien hace declarar en su poema:

iluminar podía

de modo

que iluminé

Si lo que pretende difundir la obra de Clifton es luz, entonces me inclino a pensar que la historia, tal como nos vemos condicionados a aceptarla, no se refracta, es homogénea y, además, deslumbrantemente blanca. En cambio, la imaginación de Clifton es prismática; ralentiza la historia central para que podamos ver de qué está hecha en realidad: todos esos colores resplandecientes se mueven en diferentes frecuencias y, según las circunstancias, en direcciones distintas.

En Generaciones, sus memorias poéticas en prosa, una epopeya

emocional de poético laconismo publicada en 1976, Clifton, con ocasión del funeral de su padre, da fe de las vidas vividas y de las marcas que dejaron las generaciones de personas de las que desciende. Al principio son nombres, fechas y lugares. Como Caroline Donald —mamá Ca'line—, «nacida libre en el seno del pueblo dahomeyano en 1822 y muerta libre en Bedford (Virginia) en 1910». Reinscribir esas vidas en una historia registrada es devolver la propia historia a un justo estado de conmoción.

Una vez nombrados, los parientes no llegan de uno en uno sino en masa, revividos a través del ritmo y la inflexión de las voces, como la del propio padre de Clifton, Sam Sayles, en cuyo ritmo vernáculo mamá Ca'line no aparece tanto descrita como conjurada:

Ajá, era alta y flaca, y caminaba más tiesa que un soldado, Lue. Tiesa como si estuviera en un desfile, fuese donde fuese. ¡Y hablaba con acento de Oxford! No estoy de broma. Que nadie te diga que los mayores eran ignorantes. Hablaba como si fuese de Londres, de Inglaterra, y cuando los niños nos poníamos a correr, a dar vueltas y a chillar, se acercaba a la puerta, me miraba a los ojos, movía el dedo y decía «¡Para ahora mismo, caballerete, esto no es el manicomio de Bedlam!». ¡Con acento de Oxford, Lue! Era una señora mayor, oscura y flaca, que había criado a mi padre y luego me crio a mí, al menos hasta que tuve ocho años, porque entonces se murió.

En los «ajá» y los «Lue» de Sayles, así como en sus exclamaciones y en su insistencia, oigo algo que no es solo expresivo, sino más bien jubiloso y —con toda seguridad— oracular. Está inmerso en el proceso no solo de narrar, sino de crear y consagrar la capacidad de creer y comprender tanto en su hija como —si escuchamos con atención— en los lectores de su hija. El pasaje citado transita plácidamente hacia el siguiente momento de amplitud creciente, cuando el padre de Clifton nos cuenta que, con ocho años de edad, mamá Ca'line «caminó hacia el norte, desde Nueva Orleans a Virginia, en 1830», donde la vendieron y la separaron de su familia:

Recuerdo todo lo que me contó, porque, claro, cuando tienes esa edad eres lo suficientemente mayor para recordar las cosas. Recuerdo todo lo que me contó, Lue, aunque se muriese cuando yo tenía ocho años. Y además sabía de qué se acordaba porque esa era la edad que tenía ella cuando llegó aquí. Ocho años.

La profundidad de los sentimientos, saberes y pérdidas de mamá Ca'line —en otras palabras, la realidad de su persona— afirmaba la realidad del propio Sam Sayles y a su vez se veía afirmada por ella. En

tanto que niño afligido, él encontraba profundidad de sentimientos y saberes, o la generaba, a través de lo que él creía que mamá Ca'line, presa de su propia aflicción, había tenido que encontrar o generar.

Estas son las vidas que la historia dominante de Estados Unidos, tal como la definen las ideas y aspiraciones de la identidad blanca, ha dejado caer en la sombra. Para favorecer su imagen preferida, Estados Unidos ha dejado estas historias abandonadas, sin nombre, como las tumbas de los esclavos en las tierras transmitidas de generación en generación de blancos. Una de las mayores contribuciones de la escritura de Clifton es que desenreda estas vidas y les permite ocupar el debido espacio, atraer toda nuestra atención, enseñarnos cosas sobre sí mismas y sobre nosotros.

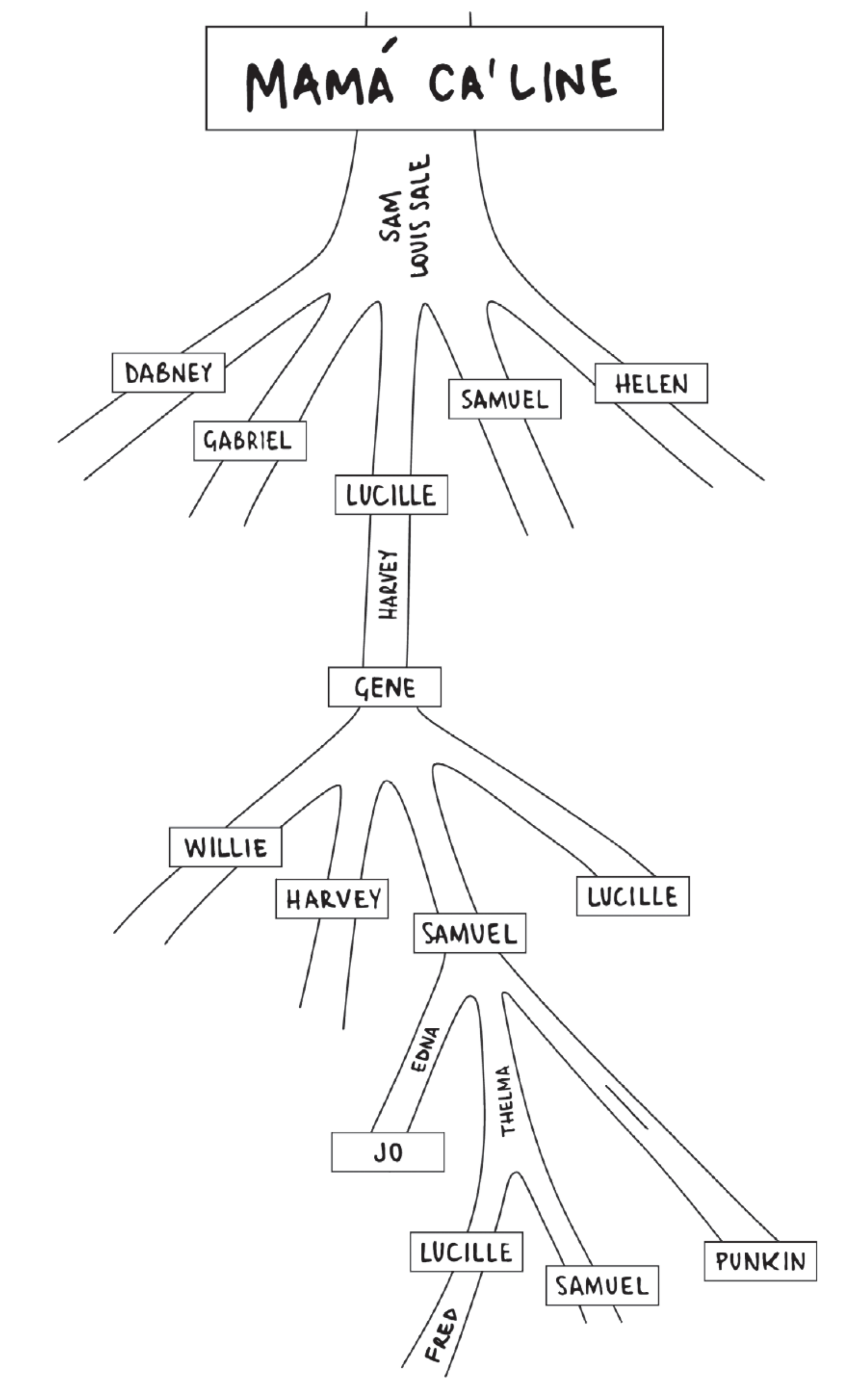
Pero no basta con desenredar, con separar y dividir. El propósito de Clifton es enseñarnos a ver que, de hecho, avanzamos juntos y que, de hecho, somos parte de un todo mayor. Si ese todo está unido, la unidad no es lo que nos han enseñado a creer; no es conformidad, ni asimilación, ni una jerarquía reforzada. Tampoco se trata de una simple huida. ¿Cuál es, entonces, la visión de Estados Unidos que Clifton pretende iluminar?

Cuando se coloca un prisma junto a otro, todos los colores diferentes —rojo, naranja, amarillo y demás— se unen, y juntos empiezan a moverse en otra dirección.

Hay algo más que quiero pedirles que tengan en consideración, mientras se pierden y quizás se encuentran en las generaciones de la familia Clifton. Me parece significativo el hecho de que se invoque la voz de Walt Whitman junto con la poesía cotidiana sacada de las bocas de los ancestros de Clifton. En este contexto, el «Canto a mí mismo» de Whitman ya no es una música estadounidense familiar, sino una invitación a reconfigurarse a uno mismo de forma radical. En otras palabras, cuando se coloca el «Me canto a mí mismo, / Y lo que yo acepto tú lo aceptarás, / Pues cada átomo de mí también es parte de ti» junto a un retrato del abuelo y la bisabuela de Clifton, lo que se me da a entender es esto: aquí en Estados Unidos, y quizás en todos sitios, da igual lo que se nos haya hecho creer que somos, somos —todos nosotros— hijos de esclavos.

TRACY K. SMITH
5 de junio de 2021

Generaciones



MAMÁ CA'LINE
SAM
LOUIS SALE
DABNEY
GABRIEL
LUCILLE
SAMUEL
HELEN
HARVEY
GENE
WILLIE
HARVEY
SAMUEL
LUCILLE
EDNA
THELMA
JO
LUCILLE
SAMUEL
PUNKIN
FRED

para
Samuel Louis Sayles, padre
Papá
1902-1969
que está en Algún Sitio
y es un Hombre

«He aquí que todas estas cosas han visto mis ojos,
Y oído y entendido mis oídos.
Como vosotros lo sabéis, lo sé yo;
No soy menos que vosotros».

Job 13, 1-2[1]

«Haz lo que quieras, vienes de mujeres dahomeyanas».

La mujer llamada CAROLINE DONALD SALE
nacida libre en Afrika en 1822
muerta libre en Estados Unidos en 1910

1Reina-Valera, 1960. (Esta y el resto de las notas son de la traductora)

CAROLINE E HIJO



«Me canto a mí mismo,
Y lo que yo acepto tú lo aceptarás,
Pues cada átomo de mí también es parte de ti».

WALT WHITMAN, «Canto a mí mismo».[2]

2Todos los fragmentos del «Canto a mí mismo» pertenecen a la edición de Hojas de hierba de Austral, 2019 (edición electrónica). Traducción de José Luis Chamosa y Rosa Rabadán.

1

La mujer dijo

vi su anuncio en el periódico de Bedford y pensé qué interesante, así que se me ocurrió llamarla para decirle que yo también me apellido Sale y que he recopilado y publicado por mi cuenta una historia de la familia Sale/Sayle, del condado de Bedford, en Virginia; será un placer enviársela. Pero ¿por qué le interesan los Sayles?

La voz al otro lado del teléfono es dulce y blanca. ¿Qué le digo yo a esta señora blanca? ¿Qué importa, ahora que papá está muerto y yo soy una Clifton?

¿Ha oído hablar de un hombre llamado John F. Sale?, pregunto.

Claro, era tío abuelo mío, creo. Está contenta y entusiasmada.

Bueno, mi nombre de soltera era Sayles, le digo.

¿Cómo se llamaba su padre?, pregunta. Está dando saltos al otro lado del teléfono.

Samuel, digo.

Se queda perpleja. No recuerdo ese nombre, dice.



¿Quién recuerda los nombres de los esclavos? Solo los hijos de esclavos. Los nombres son Caroline y Lucy y Samuel, digo. Nombres de esclavo.

Ooooh, exclama. Ay, eso es horrible. Y se hace el silencio.

Entonces me dice que las cabañas de los esclavos siguen allí, en el hogar de los Sale, donde ella vive, y las tumbas de los esclavos están allí, sin nombre. Las tumbas de mi familia. Recuerda el nombre de Caroline, dice, a sus padres los trajo al mundo la comadrona, mamá Caroline. La comadrona mamá Caroline.

¿La casa de los Nichols sigue ahí?, pregunto.

Sigue, con la familia dentro, dice. Distingo consternación en su voz.

Y me apresuro a aliviarla. ¿Por qué? ¿Acaso llevo en la sangre reconfortar a esta señora blanca de voz débil? Ahora soy una Clifton, digo. Solo quería enterarme de esas cosas. Es solo por curiosidad, digo. Ha pasado mucho tiempo, y solo quería saber.

Puedo ayudarla, suspira. Puedo ayudarla.

Pero nunca vuelvo a oír su voz.

Sin embargo, envía la historia que ha recopilado y en ella están los nombres de sus familiares. Y en su familia abundan los nombres de nuestra familia, como una profecía. Veo que es la última de su linaje. Es anciana y soltera, le quedan una casa y un apellido. Miro a mi marido y a nuestros seis hijos y siento a las mujeres dahomeyanas haciéndose fuertes en mis huesos.

«La llamaban Ca’line —nos contaba papá—. Nunca la oí decir cuál era su nombre africano. Una vez le pedí que me lo dijera y negó con la cabeza. Pero caerá en el olvido, le grité, caerá en el olvido. Se limitó a sonreír y dijo “No te preocupes, caballerete, no te preocupes”».

2

Dijo

él se acabó los huevos con beicon y el café y dijo Jo cógeme un True Green de esos y yo le llevé el cigarrillo y subí a la planta de arriba a por un cenicero y cuando volví estaba tirado en el suelo con la boca llena de sangre como cuando a mamá le daban los ataques; yo chillé papá papá papá y Bobby bajó corriendo las escaleras para ver qué pasaba y cuando lo vio llamó al servicio de urgencias pero al llegar dijeron que estaba muerto. Yo no me lo creí.

Punkin llama desde Búfalo, habla en voz suave y lenta como cuando iba ciega. Lue, Lue, papá ha muerto.

No la creí. Colgué el teléfono y seguí leyendo el periódico mientras esperaba a que Fred y Sammy volviesen a casa. No me creía que el señor don Sayles hubiese muerto. No me creía que el hermano mayor Sayles hubiese muerto.

No me creía que la Roca hubiese muerto. No me creía que hubieses muerto, papi. Decías que te habías quedado porque teníamos pies de barro. No creía que pudieses morirte, papi. No me creía que lo hubieses hecho. No quería que te murieses, papi. Siempre decías que te nos aparecerías si te morías.



Condujimos en dirección norte; nos pasamos el camino riéndonos y mirándolo todo. La señorita Mattie vino a por los niños y yo me paré en unos almacenes Sears para comprarme un sombrero negro. Fred y Sammy se agenciaron un mapa y pusimos rumbo al norte; conducía Fred.

Mamá Ca’line caminó hacia el norte, desde Nueva Orleans a Virginia, en 1830. Tenía ocho años.

3

«A mí me crio mamá Ca’line —decía papá—. Cuando murió mi abuela Lucy, ella se hizo cargo de Genie y luego se hizo cargo de mí. Era mi bisabuela, la madre de Lucy, ¿sabes? Pero todo el mundo la llamaba mamá, como solían hacer en tiempos. Ajá, era alta y flaca, y caminaba más tiesa que un soldado, Lue. Tiesa como si estuviera en un desfile, fuese donde fuese. ¡Y hablaba con acento de Oxford! No estoy de broma. Que nadie te diga que los mayores eran ignorantes. Hablaba como si fuese de Londres, de Inglaterra, y cuando los niños nos poníamos a correr, a dar vueltas y a chillar, se acercaba a la puerta, me miraba a los ojos, movía el dedo y decía “¡Para ahora mismo, caballerete, esto no es el manicomio Bedlam!”. ¡Con acento de Oxford, Lue! Era una señora mayor, oscura y flaca, que había criado a mi padre y luego me crio a mí, al menos hasta que tuve ocho años, porque entonces se murió. Cuando yo tenía ocho años. Recuerdo todo lo que me contó, porque, claro, cuando tienes esa edad eres lo suficientemente mayor para recordar las cosas. Recuerdo todo lo que me contó, Lue, aunque se muriese cuando yo tenía ocho años. Y además sabía de qué se acordaba porque esa era la edad que tenía ella cuando llegó aquí. Ocho años».

4

Para salir de Baltimore en coche hay que coger callejas de sentido único y callejones de nombre largo y pararse en atascos de profesores de escuela los lunes por la mañana. En todos los coches había conductoras menos en el nuestro.

Dónde están los hombres, pregunté entre risas. En las esquinas, Sammy se reía también. Todo era gracioso. Todo era gracioso. Giramos y rodeamos los almacenes Ward's, pasamos junto a la última hamburguesería antes de la autopista y nos liberamos de la ciudad como si fuesen cadenas. Entre risas, Fred pisó el acelerador y dejamos Baltimore atrás. Una señora negra nos observaba mientras formábamos alboroto delante de su puerta rústica. Oía cómo negaba con la cabeza. Este es el estado granjero de Maryland, aquí somos negros buenos. Me reí de su ceño fruncido. Fred asintió en dirección a la parte delantera del coche. Cuidado, dijo, ahí delante está Pensilvania. Todos nos reímos. Todo era gracioso.

«Si caminas de Nueva Orleans a Virginia —decía papá—, pasas por Misisipi, Alabama, Georgia, Carolina del Sur y Carolina del Norte. Y ese es el camino que hizo mamá Ca'line cuando tenía ocho años. Nació en el seno del pueblo dahomeyano en 1822, Lue. En el seno del pueblo dahomeyano, y siempre decía "Haz lo que quieras, vienes de mujeres dahomeyanas". Y siempre nos contaba que allí tenían un ejército entero solo de mujeres y que eran las mejores soldados del mundo. Ella estuvo con el pueblo dahomeyano hasta que un día las capturaron a ella, a su madre, a su hermana y a su hermano, y los fueron metiendo en barcos hasta que atracaron en Nueva Orleans. Yo le preguntaba cómo te capturaron, mamá, y ella contestaba que era pequeña, y yo le preguntaba cuándo ocurrió, mamá, y ella decía "En 1830, con ocho años, caminé desde Nueva Orleans hasta Virginia". Yo le preguntaba cómo era lo del barco, y ella solo negaba con la cabeza. Y parece que ha pasado mucho tiempo, ¿sabes?, porque cuando yo le preguntaba estas cosas debíamos de estar en 1908 o 1909. Yo era pequeño. Yo era pequeño y mi madre trabajaba en la fábrica de tabaco, así que mamá Ca'line cuidaba de mí y yo cuidaba de mis hermanos y de mi hermana. Mi padre Genie había muerto. Murió joven. Era hijo de mi verdadera abuela Lucy, que por supuesto también estaba muerta. Se llamaba Lucille, como mi hermana y como tú. Llevas el nombre de mujeres dahomeyanas, Lue».

5

Pensilvania parecía más verde que Maryland. Olía a primavera y hasta cuando nos reíamos con el letrero de Bienvenidos a Pensilvania aspiramos profundamente el olor a primavera verde. Mi hermano dijo que lo único malo de Pensilvania era que estaba llena de pensilvanos y Fred esbozó una sonrisita antes de mirar por el espejo retrovisor. Sammy y yo volvimos la vista. Detrás venía conduciendo un pensilvano, demasiado pegado a nuestro coche familiar. Un chaval blanco con sombrero de vaquero y un coche de vaquero, rígido y encorvado sobre el volante. Sammy y yo lo señalamos y nos echamos a reír revolcándonos por el asiento y el pobre chaval blanco pensilvano se puso derecho y aceleró para pasar junto a nosotros, tres morenos locos en dirección norte, y pisó a fondo el acelerador delante de nosotros para atravesar las montañas asustado y conduciendo como alma que lleva el diablo. Como alma que huye del diablo.

Fred empezó a acelerar e hicimos un esfuerzo para alcanzarlo y reírnos un poco más de él, pero miramos por las montañas y se había ido. Seguimos adelante, decíamos que íbamos buscando a nuestro vaquero mientras perseguíamos al día por el verde pensilvano hasta que abandonamos la primavera en aquellos terrenos altos y la tierra se fue volviendo poco a poco gris dura y quebradiza porque nos acercábamos al estado de Nueva York. La tierra prometida.

6

«Cuando mamá Ca'line y los demás llegaron a Virginia —decía papá—, dividieron la cáfila de esclavos y la vendieron a un hombre llamado Bob Donald. Alguien de una ciudad cercana se llevó a su hermano, a quien adiestraron para ser herrero, y su hermana fue vendida a una plantación cercana a la de Bob Donald, así que mamá Ca'line la veía de vez en cuando. Por supuesto, nunca volvió a ver a su madre, porque la vendieron por otro lado. Mamá Ca'line tenía ocho años. Y yo le preguntaba mamá, ¿no te gustaría haber podido ver de vez en cuando a tu madre? Y ella se limitaba a negar con la cabeza. Nunca me contaba nada de su madre, pero a veces cuando era niño me sentaba con ella y con la tía Margaret Brown, que era su hermana, mientras se mecían en el porche y las oía decir te acuerdas de varias cosas. Empezaban ¿te acuerdas de las incursiones de Nat Turner nada más llegar nosotros?, ¿te acuerdas de John Brown y de la guerra entre estados? Y mamá Ca'line sonreía a la tía Margaret Brown y decía "Me alegro de que sobrevivieses, hermana, me pregunto qué fue de nuestra madre". Y seguían meciéndose sin parar».

El humo pendía sobre Búfalo como un juicio. Condujimos en silencio por atajos conocidos, y por fin llegamos a la calle de mi padre. Era de noche. No había niños jugando. La casa de mi padre se alzaba en mitad de la manzana abierta e iluminada, como cuando murió mi madre. Fred aparcó el coche y nosotros nos desencajamos de los asientos, cansados y lacios de tanto reír. Mi marido y mi hermano me cogieron de la mano y caminamos despacio hacia la luz, hacia la familia de la que habíamos procurado escapar.

Somos huérfanos, susurró mi hermano. Muy bajito.

LUCY



«No incordio a mi espíritu para que se justifique a sí mismo o para que sea comprendido,
Veo que las leyes básicas nunca piden disculpas».

WALT WHITMAN, «Canto a mí mismo».

1

«Lucille Sale, apodada Lucy, era la hija de Caroline Donald y Sam Louis Sale —decía mi padre—. A él lo llamaban tío Louis, era la costumbre en aquel entonces. Un hombre, Bob Donald, compró a mamá Ca'line y la puso a trabajar en la huerta. Eran grandes cultivadores de fruta y Ca'line trabajaba en los huertos desde que era pequeña. Un día, ya crecida, estaba en el campo y un coche de caballos pasó y se detuvo. Dentro había dos hombres mayores. Uno era el tío Louis Sale, que era esclavo, pero estaba demasiado mayor para trabajar en los campos, así que se encargaba de llevar a su amo en el coche. Su amo era el viejo John F. Sale, otro anciano, Lue, y encima ciego. El tío Louis llevaba en su familia desde pequeño. Había sido un regalo para su familia. Era una persona, pero había sido un regalo, un regalo de boda, Lue. E iba conduciendo aquel coche, era un hombre mayor que llevaba a otro, cuando vio a Ca'line en el huerto. Detuvo los caballos y le pidió al viejo John F. que se la comprase como esposa. Y el viejo John F. así lo hizo. Entonces ella era una jovencita, Lue, y el tío Louis había nacido en 1777, pero la compraron y la llevaron a donde los Sale, y el viejo John F. los casó por lo legal, porque era abogado y todos decían que era un buen hombre. Vivió allí, en donde los Sale, y la adiestraron para comadrona, y mamá Ca'line y el tío Louis tuvieron siete hijos o más, Lue, y uno de los primeros fue una niña. La llamaban Lucy, pero su nombre era Lucille. Como mi hermana. Y como tú.

»Ay, la esclavitud, la esclavitud —decía mi padre—. No es una cosa que sale en los libros, Lue. Hasta las partes buenas fueron horribles».

2

Mi padre parecía una piedra metida en una caja. Como un viejo de piedra atrapado en una caja. ¿A que tiene buen aspecto, a que sí, Lue?, suplicaban mis hermanas. ¿A que tiene un aspecto estupendo?

La habitación estaba cargada de flores. Mis hermanas me habían llevado a ver el cuerpo y estábamos rodeadas de tarjetas que llevaban los nombres de mis tíos y tías y unos nombres polacos rarísimos, de nuestro antiguo barrio. Miré al hombre delgado de nariz aguileña metido en el ataúd. Aún me parecía guapo con su porte recto y militar, como siempre que dormía. Duerme como si se hubiese muerto, nos burlábamos siempre. Tenía la mano doblada como si llevase el bastón, pero el cuerpo estaba ligeramente echado hacia un lado, de modo que la pierna que le faltaba quedase prácticamente oculta. Habían escondido la pierna que le faltaba. El sitio en que no había pierna quedaba oculto. Estaban escondiendo su nada. Nada estaba escondido. No les faltaba nada. Pensé que me iba a echar a reír. Estaban escondiendo donde no había nada que esconder. Nada faltaba. Salí de la sala.

Mi padre era un anciano. Mi padre se había convertido en un anciano y yo ni siquiera lo sabía. Aquel anciano de la caja era mi padre. Papá había sido un anciano.

Mis hermanas se colocaron detrás de mí. ¿A que tiene buen aspecto, Lue? No dejaban de decirlo. No, respondí por fin. Está muerto. Me alejé.



Mi madre tuvo dos bebés, un niño y una niña. Mi padre fue padre de cuatro criaturas. Tuvo tres hijas de tres mujeres diferentes: su primera mujer, que murió a los veintiuno, mi madre, la triunfadora con un hijo, y la madre de mi hermana pequeña, que había sido la amante de mi padre cuando mi madre estaba de novia. Nuestras madres se conocían todas, habían sido amigas. Nosotras también éramos amigas. Mis hermanas y yo. Y mi madre nos había criado a todas.

Cuando mamá murió todo el mundo dijo que él no duraría mucho. Lo pasará mal sin Thel, murmuraban, no saldrá adelante sin Thel. Hasta las viudas y las antiguas novias que se reunieron como pajarracos se lo decían unas a otras asintiendo con la cabeza. Necesitaba a Thel, se iría pronto.

Pero él se la pegó a todo el mundo. Era un hombre fuerte, una

roca, y vivió diez años más en su casa, llevó su vida. Se ennovió con una de las amigas de mamá con la misma facilidad con la que se había casado con mamá cuando Edna Bell, su primera esposa, la madre de mi hermana Jo, murió a los veintiún años. Y la amiga de mamá se ocupó de él como había hecho mi madre, cocinando y limpiando y recibiendo chillidos, hasta el punto de que una vez mis hijos me preguntaron ¿Es la criada del abuelo o qué? Y yo respondí No, en realidad no, es como era mi mamá.

Vivió diez años en aquella casa después de que mamá muriese, pero mi madre también se quedó allí. La amiga de mi padre decía que la oía por las mañanas, temprano, cuando era hora de levantarse y ponerle el desayuno a mi padre, y ella se daba la vuelta y se levantaba de un salto y se precipitaba a la cocina al grito de Yo lo preparo, Thel, yo lo preparo. Era dura como un soldado, eso es lo que mi padre decía de mi difunta madre. No era una mujer dahomeyana, pero fue madre de una.

3

«Cuando naciste, íbamos a ponerte Georgia —me contó mi padre una vez—. Porque mi madre se llamaba Georgia y la madre de tu madre también se llamaba Georgia. Pero, cuando te vi, me pareciste tan guapa que le dije a tu mamá que quería ponerte Thelma, por ella. Ella me contestó que no le gustaba su nombre y me pidió que te diésemos otro nombre junto con el de Thelma. Al mirarte parecías tal cual una de nosotros, y pensé en lo que mamá Ca'line decía sobre las mujeres dahomeyanas, pensé esta niña es una de nosotros, así que te puse Lucille además de Thelma. Como mi hermana Lucille y como mi verdadera abuela Lucy. La madre de mi padre, Genie. La primera negra colgada legalmente en el estado de Virginia».

En aquel entonces decía «negra» así como así. Y parecía orgulloso.

Fred y yo dormimos en la habitación que una vez había sido mía. Íbamos a buscar un motel, pero mis hermanas pusieron el grito en el cielo y nos pidieron que nos quedásemos con ellas. Solo una noche, solo vas a estar una noche, dijeron. Deberías quedarte. Yo las miré y supe que tenían razón. Debería quedarme. Mis hermanas habían estado junto a la cama de mi padre mientras le amputaban la pierna; Jo maldijo a las enfermeras y las obligó a lavarlo en el hospital, mi hermana Punkin le sostuvo la mano, y ambas le compraron la silla de ruedas. Deberíais quedaros, nos dijeron a Sammy y a mí.

Sammy refunfuñó, llevó la maleta a su antigua habitación y salió con sus hijos de visita y a emborracharse; Fred subió nuestro equipaje a mi antigua habitación. Miré a las mujeres que eran mis hermanas, una siete años mayor que yo, la otra seis meses más joven, y pensé en la otra muerte que habíamos compartido en aquella casa. Mamá. Mi mamá. La madre de Jo había muerto en otra ciudad cuando Jo era un bebé, y la madre de Punkin estaba viva, cocinando tranquilamente por fin en casa de su amante. Tres mujeres que habían querido a papá. Tres hijas que habían querido a papá. Negué con la cabeza y subí por las escaleras a mi antigua habitación. Estas son mis hermanas, susurré para mí.

Lue, me llamó Jo desde abajo. Tenemos miedo. Se nos va a aparecer.

Qué va. Intentaba reconfortarla.

Seguro que se me aparece, sollozaba Jo. Soy mala y seguro que se me aparece.

A ti no, Lue, susurró Punkin. A ti no te molestará. Siempre fuiste su ojito derecho.

4

«A esa niña le pusieron Lucille —decía mi padre—. Dicen que era una muchacha alta, flaca, de piel oscura, que se parecía a su madre. Mamá Ca'line. Dicen que no conseguían hacerla trabajar tanto como al resto; era silenciosa y se creía mejor que las demás. Se lo había inculcado mamá Ca'line, eso dicen, y a mí no me sorprendería que fuese así. Dicen que era mala. Lucy siempre era mala, oí que decía una vez la tía Margaret Brown a mamá Ca'line. Y mamá solo dijo no, no era mala, era fuerte. "Mujeres fuertes y hombres débiles —eso dijo—, hermana, tenemos mujeres fuertes y hombres débiles". Y yo corrí hacia ella y le dije mamá, yo no soy débil. Y ella se limitó a sonreírme y me dijo "Tú no, caballerete, tú no serás débil. Tú eres un Sayle".

»Mamá fue comadrona durante la guerra y su hija Lucy trabajó con ella un tiempo; después de la guerra, después de la emancipación, como la llamaban, no dejaban de traer bebés al mundo por todos lados, blancos y negros. Y la ciudad creció tras la guerra, Lue, porque un montón de blancos vinieron al sur a sacar dinero de los problemas del sur, ¿sabes? Y uno de ellos fue un oportunista de Connecticut. Se llamaba Harvey Nichols. El blanco al que mató Lucy».



Me pasé toda la noche esperando la mañana. Fred y yo nos pasamos la noche en la habitación que había sido mía y no pegamos ojo, lloramos y hablamos de mi padre. Había sido un gran contador de historias. Su vida había estado rebosante de días y sus días, rebosantes de vida.

5

Mi padre nació en Bedford, Virginia, en 1902. Su padre, Gene Sayle, murió cuando él era pequeño, y su madre se fue a trabajar a la fábrica de tabaco; dejó a mi padre, a sus dos hermanos y a su hermana a cargo de la abuela de su difunto marido, la bisabuela de mi padre, que había sido esclava. Mi padre dejó la escuela en el segundo o tercer curso y apenas sabía escribir algo que no fuese su nombre, pero era un ávido lector. Le encantaban los libros. Se había cambiado el nombre a Sayles (en lugar de Sayle) tras toparse con el fragmento de un libro de texto que explicaba el plural. Habrá más de uno de mí, pensó mi padre, y añadió la S a su nombre. Había trabajado en las minas de carbón y en campos por todo el sur, y se había marchado al norte durante la huelga de una acería que lo había contratado. De joven, se había casado con una muchacha llamada Edna Bell, que murió a los veintiún años, y luego se casó con su amiga Thelma Moore, que murió a los cuarenta y cuatro. No volveré a casarme, solía decir, soy un cenizo para las jóvenes.

Él y Edna Bell tuvieron una hija, Josephine, a la que llamaban Jo. Él y Thelma Moore tuvieron una hija, Thelma Lucille, y luego una vecina le dio una hija, Elaine, a la que llamaban Punkin, seis meses más tarde. Dos años después, él y Thelma fueron padres de un hijo. Un hijo. No tuvo más descendencia y nunca volvió a acostarse con su mujer. Decía que había visto a su hijo cuando él mismo era un niño, en Virginia, y que nunca había querido otra cosa.

Y ahora estaba muerto. Fred y yo prestamos oídos a la casa. Mi padre y mi madre estaban muertos y su casa estaba llena de ellos.

6

«Harvey Nichols era un hombre blanco —decía mi padre— que vino al sur después de la guerra a hacer dinero. Se trajo a su mujer y a su familia y se compró una casa y todo. Estaba cerca de la de los Sale; todos los esclavos se habían quedado allí después de la emancipación porque decían que los Sale eran buena gente, pero se cambiaron el apellido a Sayle para que la gente los distinguiese. Y el tal Harvey Nichols vio a Lucy y se encaprichó de ella, y yo creo que ella debió de encapricharse de él también, porque, como te he dicho, Lue, Lucy era mala y no hacía nada que no quisiera, y nadie podía obligarla, porque era la hija de mamá Ca'line y allí todo el mundo respetaba muchísimo a mamá Ca'line. En fin, que su hija Lucy tuvo un bebé de Harvey Nichols, yanqui de Connecticut. Llamaron al bebé Gene Sayle. Era mi padre, Lue. Tu abuelo, el nieto de mamá Ca'line. Pero, ay, Lue, nació con un brazo atrofiado.

»Sí, señor, nació con un brazo atrofiado y, una noche, cuando era solo un bebé, Lucy esperó junto a la encrucijada a que Harvey Nichols fuera a verla; cuando él se acercó en un caballo blanco, ella levantó un rifle que había robado, le metió un tiro que lo derribó del caballo y lo mató, Lue. Y no huyó, no huyó; se quedó esperando junto al cuerpo, con el rifle en la mano, hasta que el caballo regresó sin jinete al establo y atrajo a una multitud que quería ver qué había sido de Harvey Nichols. Y cuando llegaron a la encrucijada se encontraron con Lucy allí de pie, rifle en mano. Y no la lincharon, Lue, porque era hija de mamá Ca'line y venía de mujeres dahomeyanas. Eso creo yo. Mamá Ca'line tuvo a un abogado de la familia Sale para defender a su hija, porque en aquella familia eran todos predicadores y abogados. Celebraron un juicio legal y declararon culpable a Lucy. Y la colgaron. Mamá Ca'line se hizo cargo del bebé Genie y lo crio sin dejar que olvidase nunca quién era. Yo a veces le preguntaba mamá, ¿no tuviste nunca miedo cuando lo de la abuela Lucy? Y ella me clavaba la mirada y decía "Yo tengo miedo por ti, caballerete, ya está". Siempre me llamaba caballerete. Decía que era el caballero don Sayle. Y siempre lo fui, Lue».

Y colgaron a Lucy. Colgaron a la señora cuyo nombre me habían dado como un regalo, una cuerda le estiró el cuello hasta que se le rompió y veo a mamá Ca'line de pie tiesa como un soldado en la verde Virginia alejada de la multitud silenciosa de negros y blancos con la vista clavada en ellos y no en el cadalso de madera en el que se balanceaba su hija. Y la vergüenza que sentían volvía real la distancia entre ellos y ella. Y sé que no dejó escapar ni un sonido, sino que su

mente se cerró alrededor de esa imagen como un nudo corredizo y sé que su hija no dejó escapar ni un sonido y yo me revuelvo en mi silla y arqueo la espalda y dejo escapar un sonido por mis dos madres y por todas las mujeres dahomeyanas.

Con el paso del tiempo, le pedí pruebas a mi padre. ¿Dónde están los registros, papá?, le preguntaba. A lo mejor el momento no era exacto o a lo mejor se trataba solo de una leyenda familiar o algo así. Alguien, en algún lugar, lo sabe, decía. Y yo me disgustaba y discutía con Fred sobre los hechos, las pruebas y la historia, hasta que un día me dijo que no me preocupase, que hasta las mentiras son verdad. En historia, hasta las mentiras son verdad.

Y había días en que los pequeños Sayles nos poníamos a bailar y a cantar en casa y a Sammy se le olvidaba un paso o no lograba seguir la música y de repente miraba a la esquina de la habitación y chillaba «Maldito Harvey Nichols». Y nos reíamos.

GENE



«Después de todo, ¿qué es un hombre? ¿Qué soy yo? ¿Y qué eres tú?».

WALT WHITMAN, «Canto a mí mismo».

1

Papá nos dio una sorpresa al comprar la casa. Mamá pensaba que estaba tirando el dinero y no dejaba de refunfuñar que las mujeres no lo dejaban en paz y que él no dejaba en paz a las mujeres, hasta que, un día, al volver a casa, arrojó una libreta de ahorros y unos papeles sobre la mesa.

Todo hombre que se precie tiene que hacer tres cosas en la vida, dijo él, plantar un árbol, ser dueño de una casa y tener un hijo, y Dios es testigo de que ya he hecho dos de ellas. Teníamos una casa, había comprado una casa e íbamos a mudarnos. Punkin y Jo ya estaban casadas por entonces y yo me marcharía pronto a la universidad. A la universidad. Me habían concedido una beca para la Howard University y en casa solo estaría Sammy. Me iba a la universidad, yo, una muchacha alta y flaca que nunca había pasado la noche lejos de su mamá, lo que significaba que allí ya no quedaría ninguna hija, y papá había comprado una casa.

Se está haciendo viejo, había susurrado mamá llena de orgullo. Lo miró, encantada de saber que su momento se acercaba. Durante los días en que estuvimos limpiando, haciendo cajas y preparando la mudanza, papá dejaba lo que estuviese haciendo y nos anunciaba He tenido un hijo y ahora soy dueño de una casa. Lo único que me queda es plantar un árbol. Y sonreía.

Nosotros, los niños, no estábamos muy apegados a papá en aquel entonces. Punkin buscaba el delicado equilibrio entre su esposo y los hijos de su madre y nosotros, los hijos de su padre, y cuando la veíamos se mostraba silenciosa y reservada. Jo había comenzado la lenta danza entre las calles y las celdas que ya no dejaría de ejecutar y Sammy había emprendido la iniciación del joven negro al vino y cosas peores. Y a mí me habían concedido una beca para la Howard University. Estaba asustada, orgullosa y feliz de marcharme. Había empezado a considerarme especial. Todo el mundo decía que yo era la favorita de papá; fui yo quien se quedó con mamá e intentó vigilar sus ataques. Era una buena chica. Una chica lista. Lucille.

Una semana antes de que nos mudásemos tenía que marcharme a Washington. La iglesia daba una recepción en mi honor, por ser la primera persona de nuestra parroquia en ir a la universidad, y todo el mundo trajo regalos y estaba de buen humor y sabía que me iría muy bien. Pero yo dejé Howard a los dos años. Perdí la beca porque no estudié. No lo necesitaba, eso pensé. No necesitaba saber de ciencia, geografía y cosas que no quería saber. Era una mujer dahomeyana. Y volví a casa, a encontrarme con una madre decepcionada y confusa y

con un padre furioso, triste y a la defensiva.

Pies de barro, me dijo. Mi ídolo tenía los pies de barro. Dios te mandó a la universidad para demostrarme que tenías pies de barro.

Papá, le discutí, no necesito esas cosas, yo voy a escribir poemas. ¡Puedo hacer lo que quiera! ¡Vengo de mujeres dahomeyanas!

Ni siquiera sabes dónde está Dahomey, protestó con el ceño fruncido. Ni siquiera sabes qué significa.

Y me fui corriendo a mi cuarto y me pasé la noche llorando y esperando el día. Porque tenía razón. Lloré y lloré y esperé.

De nuevo. La casa estaba llena de ruido. Sammy entraba, Jo lloraba mientras deambulaba por ahí y Punkin iba al baño porque tenía náuseas. Pero yo no oí a mi padre, a pesar de que presté oídos toda la noche. A ti no se te aparecerá, Lue, habían dicho. Siempre fuiste su ojito derecho.

2

«Mi padre murió antes de que yo cumpliese los seis —decía mi padre—. Un día estaba jugando en el campo y la tía Margaret Brown chilló por la ventana Para de hacer ruido, tu padre ha muerto. Y yo le contesté con otro grito Me da igual. Porque quería jugar.

»Mi padre se llamaba Genie y tenía un brazo atrofiado. Nació con él así, pero, Lue, era un hombre guapo, sí. Siempre llevaba un sombrero hongo, tenía la piel color canela y los ojos de un castaño luminoso. Ajá, tenía esos ojos castaños porque su padre era un hombre blanco, y después de que su mamá Lucy muriese, mamá Ca'line se lo llevó y lo crio. Y también lo mimó, lo mimó tanto que se volvió un salvaje. Las mujeres se volvían locas por él. Y él también se volvía loco por ellas, tuvo un montón de mujeres, Lue, cuando vuelvo a casa toda la gente de mi edad se parece a mí. ¡Y menudo salvaje! En los días festivos el sheriff iba a ver a mamá Ca'line para pedirle que encerrase a Genie en casa para que la ciudad pudiese disfrutar del día festivo, pero ella nada. Nanay. "Puede ir donde le salga de las narices —contestaba ella—, viene de mujeres dahomeyanas". Y cuando llegaba el día festivo él se ponía el sombrero hongo, salía al campo y se cargaba el brazo atrofiado con ladrillos antes de echar a caminar por la calle principal rompiendo escaparates. Pero no lo encerraban. A veces esperaban a que ya no le quedasen ladrillos en el brazo y luego lo llevaban de nuevo a casa de mamá Ca'line. Y ella se limitaba a menear la cabeza».

Papá, decíamos entre risas, tu papá estaba loco. Teníamos un abuelo loco. Y mi padre suspiraba «No, no estaba loco. Solo era una persona cuya madre y cuyo padre habían muerto».

Y nosotros decíamos Ay, papi, tu padre estaba como una cabra, ese hombre estaba loco.

Y mi padre decía «No, apenas le dio tiempo a ser hombre. Apenas tenía treinta años cuando murió».

3

Cuando yo nací, mi padre tenía treinta y cinco años. Era el hombre más guapo de la ciudad, decía siempre mamá. Ella tenía veintiuno y era una muchacha rellenita y de piel marrón que nunca había tenido un novio de verdad. Ella siempre lo consideró un prodigio, como alguien venido de otro sitio, y lo miraba y escuchaba sus palabras como si fuesen mandamientos. Cuando era joven lo llamaban señor don Sayles, y lo consideraban un hombre divino. Una vez le pregunté cómo estaba tan seguro de que iba a ir al cielo. Porque Dios me conoce, me contestó. Dios entiende a los hombres como yo. Mamá no entendía realmente a los hombres como él. Pero lo quería. Limpiaba lo que ensuciaba, lo alimentaba, aceptaba lo mal que la trataba y lo llamaba «vuestro papi loco» con una voz espesa de amor hasta el día en que cayó muerta, a los cuarenta y cuatro años. Él vivió diez años más. Y la echó de menos todos los días.

Decía que la oía en la casa. Y, a veces, cuando volvía después del trabajo, decía que la veía levantarse de la silla junto a la ventana y caminar hacia la puerta de entrada para saludarlo. Y oía que alguien decía bajito Samuel. Nunca lo llamó de otra forma, solo Samuel. Porque se llama así, explicaba ella.

4

«Genie me llamaba Roca —decía mi padre—, me llevaba a esos patios de los bares y me sentaba en una esquina de la barra. Luego se ponía a dar vueltas por el bar mientras pregonaba a los demás hombres que yo podía pegarles una paliza a sus hijos y que aceptaba apuestas. Algunos se apresuraban a buscar a sus chicos; entonces me cogía en brazos y, cuando se acercaban, decía riéndose "¡Baja, Roca! ¡A por ellos!", y yo saltaba de sus brazos y le daba una paliza al otro chaval. Ajá, mi mamá se enfadaba con él por eso, pero nunca le decía nada. Se llamaba Georgia Hatcher y su familia había pertenecido a los Lee. Genie era barbero por aquel entonces e iba por las casas cortando el pelo. Mi primer recuerdo es oírlo al volver a casa después de haber estado cortando el pelo por ahí, cantando a voz en grito. Cantando lo más alto que podía. Y mi madre no dejaba de sonreír, al verlo tan guapo y tan salvaje. No sabía que yo la estaba viendo, pero la recuerdo esperando su llegada con una sonrisa, y a mamá Ca'line observando también mientras meneaba la cabeza y susurraba Genie Genie Genie. Siempre hemos tenido mujeres fuertes y hombres débiles, Lue, hasta que llegué yo.

»Cuando mi padre murió, yo dije que me daba igual porque quería jugar. Y mi mamá se fue a trabajar a la fábrica de tabaco y nos dejó con mamá Ca'line. Al poco tiempo, mi madre se casó de nuevo. Con un hombre llamado Luke Stevens, y tuvo dos hijos y una hija más, Lue. El señor Luke era un buen hombre, un buen hombre de verdad, pero mamá Ca'line nos tenía muy mimados, ¿sabes?, y nosotros, los Sayle, lo tratábamos mal. Mamá Ca'line nos decía que no teníamos que hacer lo que él dijese, por ejemplo. No debería habernos dicho eso, porque él siempre se había portado bien con nosotros y trataba muy bien a mi madre. Pero mamá Ca'line nos decía que nosotros éramos Sayle y no teníamos que obedecer a nadie. Eres un Sayle, decía. Vienes de mujeres dahomeyanas.

»La única vez que vi llorar a mi mamá estaba sentada a la mesa leyendo una carta. Era de noche y la fábrica de tabaco iba a hacer despidos, así que trabajaba durante el día y por la noche volvía a casa a ayudar a mamá Ca'line a limpiar. Algunos de sus amigos se habían ido a Nueva York a buscar trabajo y le escribieron una carta diciéndole que fuese con ellos. Pero nos tenía a nosotros, claro, y no podía ir. Le pregunté para qué quería ir a Nueva York, y empezó a llorar y dijo "Es que me gustaría ver algunas cosas. Me gustaría caminar por el norte y ver algunas cosas". Poco después fue cuando se casó con el señor Luke. Yo le pregunté a mamá Ca'line por qué mi

madre quería ver el norte y todo eso. Y se limitó a mirarme. Después le pregunté si ella había querido alguna vez ver algún otro sitio que no fuese Virginia y lo que me dijo fue “Ya lo he visto, caballerete”».

5

Cuando mi madre cumplió los treinta y cinco empezó a tener convulsiones. Epilepsia. Papá se puso furioso con ella por tener ataques. Porque ocurriese algo que él era incapaz de entender y evitar. Le gritaba que dejase de sentarse en la silla junto a la ventana, su silla. Esa silla es la que te provoca los ataques, decía él. Fue a clínicas y se hizo pruebas, pero siguió sufriendo ataques con regularidad hasta su muerte. Y después de que ella muriese, empezó a sufrirlos mi padre. Suaves, no como los de mi madre, que eran terribles de presenciar, pero ataques de todos modos.

Mi padre había trabajado en una acería durante más de treinta años y había contraído enfisema. Enfisema y convulsiones. Y un tumor cerebral. Descubrió que tenía un tumor cerebral durante una estancia en el hospital a causa del enfisema, y los médicos querían operarlo. Al principio se negó. Nadie abre a mi familia, insistía. Pero mis hermanas, mi hermano y yo no dejamos de discutir con él hasta que al final aceptó. Le extirparon del cerebro un tumor del tamaño de una naranja y en cuestión de semanas estaba en pie y había salido del hospital. Y siguió igual. No vimos diferencia alguna en él.

Después su pierna murió. Encogió, se puso negra y murió, y los médicos dijeron que había que amputarla o la muerte se extendería por todo su cuerpo. Conque permitió que se la cortasen y se compró un bastón. Sonreía y señalaba el hueco. Sí, se llevaron mi pierna, pero conmigo no pudieron, se jactaba.

SAMUEL



«Todo progresa y se expande… y nada se destruye,
Y morir es distinto de lo que todo el mundo suponía, y
[más afortunado».

WALT WHITMAN, «Canto a mí mismo».

1

La mañana del funeral de mi padre era gris y húmeda. Todo lloraba. Allí estábamos Jo, Punkin y yo de pie, esperando a que nos llevasen a la iglesia, con nuestros sombreros nuevos, rígidos y negros, y nuestros velos. Allí estaba Sammy, tambaleándose, con lo que Fred había salido a comprarle a toda prisa bajo la lluvia esa mañana temprano. Estábamos callados, éramos un remanso de silencio en medio de novias, primos y mi tía Lucille, que había llegado de Nueva Jersey en plena noche. Allí estaba, de pie bajo la lluvia, rígida y militar como siempre, rodeada de gente a la que no le caía bien. Papá había querido mucho a su hermana y nosotros le guardábamos rencor por ello. Ella nunca lo llama, susurrábamos, siempre tiene que llamarla él y siempre le pide que vaya a buscarla. Nunca se acuerda de él, y él la quiere con locura.

Ella y yo teníamos que ir en el primer coche y, cuando llegó, ella se giró hacia mí y me cogió del brazo. Lucille y Lucille. Era una anciana, una anciana soldado. Cuando entramos en el coche la cogí de la mano. Yo también estaba rígida y callada. La bisnieta y la tataranieta de mamá Ca'line. Mujeres dahomeyanas. Fuimos en silencio hasta la iglesia.

2

«Las generaciones de Caroline Donald, nacida libre en el seno del pueblo dahomeyano en 1822 y muerta libre en Bedford (Virginia) en 1910 —decía mi padre—, y Sam Louis Sale, nacido esclavo en los Estados Unidos en 1777 y muerto esclavo en el mismo lugar alrededor de 1860,

son Dabney, Gabriel, Sam, Helen, John y Lucille,

a quien llamaban Lucy,

que tuvo un hijo llamado Gene con un hombre llamado Harvey Nichols y luego

lo mató,

y ese niño, Gene, con su brazo atrofiado, tuvo tres hijos y una hija,

de nombre Willie, Harvey, Samuel y Lucille,

y Samuel, que soy yo,

llamó a su hijo Sam y

a su hija, Lucille.

Se la jugamos, Lue, la esclavitud era terrible pero nosotros se la jugamos a los mayores. Salimos de ahí mejor que ellos».

3

Mi padre yacía en la tierra entre sus esposas. Las lápidas me parecían extrañas. Edna Sayles. Thelma Sayles. Nunca antes se me había ocurrido que la madre de Jo era una Sayles y me daba la impresión de que el nombre le venía grande a mi boca. La madre de Punkin esperaba, cocinando en casa, y al pensar en ella me pregunté dónde yacería. Bajaron a mi padre a la tierra, entre sus esposas, y antes de darme cuenta tenía la cara húmeda. Quería decirle algo, mis entrañas gritaban. Lo recuerdo todo. Creo. Todo se sacudió y mi tía Lucille me sacudía el brazo y lloraba. Lloraba sin vergüenza, callada y tiesa como un soldado. Mamá mamá, susurraba entre lágrimas, mamá, es 1969, y aquí seguimos. Le cogí la mano con fuerza. Lucille y Lucille.

Mi padre rebotó contra la tierra. Como una roca.

THELMA



«Están vivos y están bien en algún sitio;
hasta el retoño más pequeño es muestra de que en
[realidad no hay muerte,
y si alguna vez la hubo fue por delante de la vida, y no
espera al final para detenerla,
y dejó de existir en el momento en que existió la vida».

WALT WHITMAN, «Canto a mí mismo».

1

Bueno

mi madre era de Georgia. Mi madre nació en Rome, Georgia, en 1914. Ella siempre nos decía que era de Rome, y cuando éramos pequeños pensábamos que era italiana, de Roma. Pero era una señora rechoncha y de piel marrón de Georgia y, como decía papá, «Todos los de Georgia están encantados de ser de allí». Su padre había ido a buscarla a ella, a su madre, a sus hermanas y a sus hermanos para llevarlos a Depew después de pasar un tiempo en el norte. Había venido en el mismo tren que mi padre, en el de los piquetes. Mi padre y mi abuelo eran amigos, y mi madre tenía doce años menos que mi padre. La primera mujer de mi padre era una buena amiga de mi madre, así como la madre de mi hermana pequeña y su última novia. Todas amigas.

La gente de color que llegó a Depew acabó siendo una familia. Todo el mundo empezó a emparentarse de forma indirecta, pero la cosa duró. Las generaciones de blancos son solo gente, pero las generaciones de negros son familias.

Depew es donde yo nací. Depew, Nueva York, en 1936. En la época de Roosevelt. Era una ciudad pequeña, sobre todo de polacos, que giraba en torno a la acería igual que una máquina. Nosotros vivíamos en una casa en Muskingum Street, y la familia de mi madre vivía en Laverack. Mis abuelos vivían en Laverack Street en una gran casa prefabricada de madera con un baño. Y en aquella casa estaba la familia de mi madre, los Moore, y un montón de gente más, linajes enteros, gente joven y vieja.

Había un hombre mayor que era diácono, pilar de la Iglesia. Recuerdo que una vez, en una oración grupal, estaba rezando y se fue la luz… Hubo un apagón, vaya, en plena Segunda Guerra Mundial. Y él estaba justo en la mitad de su mejor plegaria. Era un hombre muy religioso, un diácono, como ya he dicho, y de repente se fue la luz; levantó la vista y chilló «¡Maldita sea, Dios! ¿Ahora?», y luego siguió con su plegaria. Una buena plegaria, además.

Toda nuestra familia vivía allí. En Depew. Todos los Moore, quiero decir. Todos alrededor de la acería. Mi abuelo, mi padre, mis tíos, todos nuestros hombres. Todo giraba en torno a la fábrica.

Depew. Uno de mis primeros recuerdos era la cabra del patio trasero. Nuestra casa estaba en lo alto de una gran colina y al otro lado del patio, colina abajo, estaban los Moore. Y la abuela tenía una cabra allí. Depew.

La ciudad grande más cercana era Búfalo, que quedaba a doce millas. Una vez papá fue caminando hasta allí para comprar una mesa de comedor, con sus sillas a juego. Fue el primer hombre de color de Depew en tener un juego de muebles de comedor. Y caminó hasta Búfalo para conseguirlos. Se los compró en Peoples', una tienda que en aquella época daba créditos a la gente de color. La cosa era así: te daban un crédito en la tienda Peoples' y el empleado de Peoples' venía a tu casa cada semana a cobrar. A lo mejor solo eran cincuenta centavos o un dólar, pero en aquella época era dinero y sabías que la cosa iba para largo. Para larguísimo. Mi padre estuvo pagándole al empleado de Peoples' desde que tengo uso de razón. Yo y mi hermano lo odiábamos porque venía cada sábado a cobrar y papá lo llamaba señor Pitterman, pero él a papá lo llamaba Sam. Y él también se llamaba Samuel, Samuel Pitterman, y si a papá se le podía llamar Sam también se le podía llamar a él. Pero eso nunca ocurrió. Venía cada sábado, e incluso cuando nos mudamos a Búfalo, cuando yo tenía cinco o seis años, venía a cobrar y luego se sentaba con papá en el porche a hablar sobre los viejos tiempos. Y papá esperaba con ilusión ese momento.

Sam Pitterman solía llevar mercancía en el maletero del coche y vendía algunas cosas. Unas Navidades nos dio a Punkin y a mí unas faldas blancas plisadas de crepé a juego. Nosotras las metimos en el último cajón del tocador, donde habían estado royendo los ratones, y las dejamos allí.

En fin, que mi padre quería su juego de muebles de comedor, así que caminó hasta Búfalo para comprarlos y cuando llegó a Peoples' el vendedor que estaba allí le dijo que no necesitaba un juego de muebles de comedor. Y papá le dijo al hombre que su bisabuela era una mujer dahomeyana y que él podía tener lo que quisiera. Así que se los compró. Regresó caminando a casa y le mandaron los muebles. El primer hombre de color de Depew en tener un juego de muebles de comedor.

En tiempos de Roosevelt. En tiempos de guerra.

Recuerdo cuando mi tío, el hermano pequeño de mi madre, volvió de la Segunda Guerra Mundial. Pertenecía a la 92.a División, que era la infantería de color, creo, y había estado en Italia. Qué orgullosos estábamos todos de él; una tarde estaba mi abuela sentada junto a la ventana, mirando hacia fuera, cuando mi tía entró en la cocina después de coger el correo y dijo «Madre, hemos recibido carta de Buddy… ¡Aquí está!». Y entró mi tío con una amplia sonrisa y su uniforme de soldado. ¡Ay! Mi abuela Moore se rio y lloró y luego se rio otra vez. Siempre recordaré la forma en que mi abuela Moore se

puso a canturrear «¡Ay, aquí está mi Buddy Buddy Buddy Buddy!».

Era mi abuela quien me llamaba «Genio». La madre de mi mamá. Los Moore se mudaron a Búfalo poco después de nosotros, y se mudaron al centro. Creyó que yo tenía doce años hasta el día en que murió, y eso que yo estaba casada y embarazada. Siempre pensaba que tenía doce años, y me llamaba «Genio» porque sabía que había ido a la universidad.

Cuando me marché a la universidad, bueno, eso fue un acontecimiento. La gente no acababa de enterarse de que me iba a Howard y no a Harvard. Nadie de la familia había acabado siquiera el instituto, y por entonces ningún miembro de la congregación había ido nunca a la universidad. Y a mí me habían concedido la beca, así que la iglesia organizó una fiesta en mi honor. La iglesia baptista.

Claro está que nosotros no teníamos ni idea de lo que era ir a la universidad. Recuerdo que cogí el baúl del ajuar de boda de mi abuela, que se cerraba con una cuerda. Mamá y yo fuimos a Peoples' y compramos una falda de seda negra y una blusa roja transparente, e hicimos el equipaje en el baúl del ajuar de la abuela. Cuando lo entregaron en Howard, delante de todas esas chicas pijas de Chicago y Texas, me entró tanta vergüenza que bajé a recogerlo por la noche. Aquel baúl viejo, con su cuerda gruesa alrededor, y el nombre de Georgia Moore escrito con tinta. En fin, que me iba a la universidad, y antes de irme tenía que despedirme de todo el mundo.

Conque fuimos a ver a la abuela, que estaba esperándonos, y cuando doblamos la esquina de su manzana, salió al porche al grito de «¡Mirad, mirad todos, aquí viene mi Genio!». Y todos sus vecinos salieron al porche. Y allí estaba yo, allí estaba yo.

Mi abuela Moore me dijo que me comportara cuando estuviera lejos de casa, y yo le prometí que así lo haría. Yo nunca había salido de casa ni me había alejado de mi familia antes y os diré que estaba asustada, pero no dejaba que se me notase. Luego me preguntó «¿Qué fue primero, el huevo o la gallina?», y le contesté «Pues no lo sé, abuela», entonces me dijo «Bueno, no importa, tú no te subas la falda», y yo contesté «Sí, señora», porque esa parte la entendí.

Había otra anciana, mayor que la abuela, llamada señorita Washington, que había nacido esclava. Fui a verla y me dio unos tapetes, un montón de tapetes que había tejido con sus propias manos. Me contó que, cuando era pequeñita, el señor Lincoln había ido a un desfile y su madre la había cogido en brazos y la había hecho saludar con la mano. Me contó aquello con orgullo y me dio los tapetes para que me los llevase a la universidad, y entonces me fui al colegio.

Tenía dieciséis años cuando me marché a la universidad y nunca había dormido lejos de mi madre, y cuando yo, mi amiga Retha y mi amiga Betty llegamos a Washington, nos encontramos con aquella enorme estación de tren. Yo nunca había visto un lugar parecido y casi me eché a llorar; luego le dije a Retha que en cuanto comiese pensaba volverme a casa. Entonces se nos acercó un hombre de Howard, miró a Betty, tan menuda y tan mona con su ropa de la universidad, y la etiqueta con su nombre, y dijo «Te va a encantar esto, y a nosotros nos vas a encantar tú», y después se volvió hacia mí y me preguntó si era su madre. En aquel momento supe que yo no iba a durar. Y así fue. Dos años. Eso fue todo.

Pero ¡menudos dos años! ¡Qué época! Yo venía de Nueva York, cosa que ya era algo, y estudiaba Teatro, que también tenía su aquel. En aquel entonces, en Howard, si no tenías la piel clara o el pelo largo, tenías que tener algo sólido que jugase a tu favor. Bueno, pues yo estudiaba Teatro y era de Nueva York. La gente no sabía que Búfalo queda muy lejos de la ciudad de Nueva York y, si había alguien que sí, podía recurrir a Canadá, así que la cosa funcionó bastante bien.

Mi padre me escribió una carta la primera semana que estuve allí, y eso que mi padre solo sabía escribir su nombre. Pero consiguió redactar la carta, que decía «Querida Lucilleman, te echo muchísimo de menos, pero estás allí recibiendo algo que queremos que tengas, pórtate bien, firmado papá». Me harté de llorar porque era la carta más genial que había leído o sobre la que había leído en toda mi vida. Mamá también me escribió, y su carta decía: «Tu padre te ha escrito una carta y eso que se ha pasado el día trabajando».

No tenía la más remota idea de cómo salir adelante lejos de casa. Pensaba que me iba a morir de hambre. Nadie tenía la menor idea de lo que yo necesitaba ni nada por el estilo. Una vez mamá me mandó una caja llena de latas de atún. La escondí bajo mi cama y por las noches la sacaba y abría una lata de atún detrás de otra. Siempre me daba miedo cometer algún error y que mi padre se enterase. Sabía que se enteraría de todo lo que hiciese. De todo lo que hiciese.

Pero estaba orgullosa. En el primer Acción de Gracias volví a casa y solo llevaba fuera desde septiembre, pero cuando me apeé del tren me estaban esperando papá y mi hermana Jo, y Jo dijo «Ah, pues no parece tan cambiada», pero me puse a hablar con acento de Washington y hasta tuve que esforzarme por recordar el camino a casa. Menudo desastre. Y todo me parecía muy pequeño.

Cuando nos mudamos a Búfalo, nos mudábamos a la gran ciudad. Yo tenía seis o siete años, a lo mejor hasta cinco, y nos mudamos a Búfalo una noche, en un camión. Creíamos que se trataba del sitio más grande del mundo. La propietaria de la casa había dejado una muñeca para mí en el ático, y la muñeca, el ático y toda la casa olían a días nuevos. Purdy Street.

Mi padre era de Bedford, Virginia; se marchó de casa cuando era un niño y dio muchos tumbos. Era tan guapo que lo llamaban señor don Sayles, y cuando caminaba por la calle las mujeres salían de casa para decírselo. Iba a bailes y a veces en mitad de un baile se cansaba, tiraba su sombrero al suelo y gritaba Se ha acabado el baile, y la gente dejaba de tocar y de bailar y se iba a casa.

Vino a Depew cuando un tren pasó por el Sur para ofrecerle a los hombres de color un trabajo y un pasaje al norte. Y él se subió en Virginia y mi abuelo Moore también se subió en Virginia. Cuando mi padre llegó al norte se puso a trabajar en la fábrica y se casó con Edna Bell, la madre de mi hermana Jo, que murió cuando solo tenía veintiún años. Él decía que no sabían de qué había muerto hasta que una noche ella se le apareció en sueños y le dijo que le hiciesen pruebas de tisis, porque eso era lo que tenía. Lo miraron y lo encontraron. Tuberculosis. Tisis.

Tuberculosis. Muy pocos en nuestra familia no han tenido tuberculosis. Yo nunca la tuve. Algunos la tuvieron dos veces. Yo nunca la tuve, y mis primos decían que era porque yo era buena chica.

Cuando era pequeña, si mis primos soltaban tacos y yo estaba delante siempre decían «Perdón, Lucille». Nunca contaban nada en mi presencia y por eso había cantidad de cosas de las que me enteré tarde. Sí que tenía una amiga que me hablaba de droga. Antes de que yo me marchase a la universidad ella ya estaba haciendo la calle y me llevó al sitio donde vivía con su chulo, y tenían una lista de sitios en Washington D. C. en los que decían que no querían ni oír que yo ponía el pie. No querían que los avergonzase en Washington D. C. Yo les hice caso, también, porque siempre quería hacer lo correcto. Siempre quería.

Tengo dos hermanas, hermanastras, y un hermano. Antes me daba un poco de miedo Jo, mi hermana mayor. Pero ahora que se está haciendo vieja hace de madre con sus hijos y de abuela con los hijos de sus hijos a lo grande. La última vez que la vi estaba de pie en el porche de papá con el brazo alrededor de su novio, Bobby, saludando. Bobby, su novio, solo tenía un ojo. Ya había tenido una vez un novio con un ojo, y una vez oí a papá mascullar para sí «Siempre se busca hombres con un solo ojo; ¿es que no puede encontrar a ninguno con

los dos buenos?».

Había un montón de gente de poca monta en Búfalo. Un montón de personas estupendas que eran también delincuentes de poca monta, sobre todo porque tampoco se podía ser mucho más. Casi todo el mundo vivía de los subsidios y renunciaba a un poco de esto y de aquello para salir adelante en la ciudad. A un poco de esto y de aquello y a una gran cantidad de orgullo. Había una anciana de color que era asistente social y todo el mundo odiaba verla aparecer, de lo mala que era. Mamá y papá nunca recibieron subsidios, cosa que nos hacía sentir orgullosos. Ellos nos hacían sentirnos orgullosos, querían que estuviésemos orgullosos.

Una señora que vivía un poco más abajo en nuestra calle tenía un trabajo como funcionaria, nada importante, era administrativa o algo así, pero papá me decía cuando nos la cruzábamos «Lue, tú sigue siendo una buena chica y sacando buenas notas y podrás ser como ella». Se casó con un hombre que era quiropráctico y publicaba un pequeño periódico. También tenía una tienda de reparación de calzado y él mismo arreglaba los zapatos. Se quedaba allí hasta las tantas fijando suelas con un martillo de tapicería. Su tienda quedaba al otro lado de la calle en la que vivíamos, junto a la frutería de las dos mujeres blancas de Canadá que demandaban a mamá todo el rato porque no hacía más que comprar de fiado sin decírselo a papá y no pagaba hasta que la demandaban. Mandaban citaciones a casa. Siempre me decían que me fuese de allí, que me fuese lejos, y hasta querían llevarme a Canadá por un tiempo. Pensaban que parecía una niña nerviosa.

Yo parecía muchas cosas. Durante la guerra solía ir a la carnicería del mercado negro, que siempre estaba abarrotada; me apoyaba en el mostrador como si fuese a desmayarme y siempre me cedían el turno. Parecía muchas cosas.

Una vez mamá se compró un juego de alianzas que, por supuesto, no podía pagar. Debía de saberlo. Pero una vez me dijo que yo debía intentar disponer siempre de algo que se pudiese empeñar, y de todos modos ella nunca había tenido alianza, así que se compró los anillos. Cuando estaban a punto de demandarla me mandó a mí, que todavía era pequeña, al centro, a devolverlos y a decirle al joyero que era hija de la señora de al lado y que la señora Sayles decía que devolvía los anillos. Seguro que no se lo tragó, pero no dijo nada.

Mi mamá hacía magia; ajá, era una mujer mágica. No era sabia a ojos del mundo, pero poseía una sabiduría mágica. Tenía veintiún años cuando se casó, pero había tenido que quedarse en casa para ayudar a cuidar a sus hermanos y hermanas. Y se casó con papá justo

delante de la casa de su madre. Se quedó allí y luego se casó con papá, que había sido el marido de su amiga Edna Bell, cuando esta murió. Nunca le gustó mucho salir. Solía sentarse, tarareando, en su silla junto a la ventana. Cuando nació mi hermano, no volvió a acostarse con mi padre. No se acostó con nadie durante veinte años. Siempre me decía «Márchate, márchate. Yo no he tenido una vida normal. Quiero que tú tengas una vida natural. Quiero que te marches lejos».

Siempre había un montón de gente diciéndome que me marchase.



Se sentaba en su silla junto a la ventana y tarareaba mientras se mecía. Algunos domingos de verano ella y yo íbamos a dar paseos a la zona blanca para mirar por las ventanas y yo le decía que cuando creciese la llevaría a un sitio nuevo y le compraría todas aquellas cosas.

De vez en cuando íbamos al cine, ella y yo. Pero cuando empezó a

tener ataques, la preocupaba tanto con mis ¿Estás bien, mamá?, ¿Cómo te sientes, mamá?, que ya no salíamos tanto. Una vez le pregunté si estaba bien y me dijo que estaría perfectamente si la dejaba en paz.

Sobre todo los viernes por la noche, cuando papá había salido y los demás hijos también, comprábamos hamburguesas y refrescos, nos sentábamos juntas y, cuando tuvimos tele, veíamos la tele. En Nochevieja esperábamos hasta la medianoche y luego yo tocaba «Auld Lang Syne» al piano, mamá y yo la cantábamos y luego nos íbamos a la cama.

Sí, señor, era mágica. Si había candados bien cerrados, ella podía abrirlos con algo pequeño. Cogía perchas viejas dobladas y trapos y confeccionaba visillos y cortinas. Planchaba sobre sillas, hacía pasteles todas las semanas y todo el mundo la quería. Todo el mundo.

Cuando papá compró la casa de Purdy Street, mamá no sabía que había estado ahorrando. Un día nos llevó a ver la casa que iba a comprar. Yo me iba a marchar a la universidad ese otoño y Punkin ya se había casado y se había mudado; nos estábamos desperdigando, pero él había comprado esa casa para que estuviésemos juntos en ella. Porque éramos su familia y nos quería, quería que estuviésemos juntos. Mi padre era un hombre fuerte, un hombre de familia fuerte. Así que mucha gente lo conocía por ser un hombre en una época en la que aquello no era tan frecuente. Y vivía con nosotros, papá vivía en casa con nosotros, y tampoco eso era común. No era un hombre común. A ver, hizo cosas, hizo algunas cosas mal, pero siempre quiso a su familia.

Nos hizo mucho daño a todos y todos le hicimos mucho daño a él, como suele ocurrir con la gente que se quiere. Probablemente yo haya acabado mejor que cualquiera de nosotros, mejor de la cabeza, quiero decir, y se lo debo a Fred. A Punkin le cuesta horrores vivir en el mundo, a mi hermano también, y Jo se lleva malos ratos y también los da. Y gran parte de todo eso es culpa suya, tiene que ver con él.

Y mamá… Mamá malgastó su vida de lo lindo, o eso me parecía a mí, pero ahora ya no lo sé, ya no estoy segura. Se casó con él cuando era una joven de veintiuno, no conoció a otro hombre y fue al único al que quiso, ¡y cómo lo quiso! Lo adoraba. Él se pasaba toda la noche fuera y cuando regresaba por la mañana haciendo eses por la calle, ella miraba por la ventana y decía en alto «Aquí viene el loco de vuestro papá». Y le brillaba el rostro de alivio y alegría. Se levantaba cada mañana a las cinco para hacerle el desayuno y una vez se cayó por las escaleras de atrás y se rompió el tobillo, pero no se lo miró hasta que preparó el desayuno, volvió a subir y terminó.

Lo dejaba. Lo dejaba y volvía cada mañana a las cinco a prepararle el desayuno porque «vuestro padre trabaja mucho», se preocupaba, «y vosotras no sois capaces de prepararle una comida decente».

Se iba al cine. Lo dejaba y se iba al cine y yo la veía allí e intentaba hablar con ella y arreglar las cosas. Siempre sentía que me tocaba a mí arreglar las cosas, solo que no sabía cómo, no sabía cómo. En la mesa durante la cena me reía sin parar hasta que pensaban que estaba loca, pero era por el esfuerzo de arreglar las cosas.

Nunca sabía qué hacer. Una vez estaban discutiendo por algo y mi padre iba a pegarles, a ella y a mi hermana Punkin, que tenía una madre distinta, y Punkin fue a por la escoba y empezó a gritarle a mi padre «Si le pegas a mamá, te mato». Mi hermano y yo no hicimos nada, nos limitamos a quedarnos allí de pie, aunque era nuestra madre; pero no hicimos nada porque no sabíamos qué hacer.

Otra vez que estaban discutiendo y yo estaba en la cocina lavando los platos, de repente oí que mi madre empezaba a gritar y se caía al suelo, así que entré en la habitación y ella estaba rodando por el suelo, pero papá no la había tocado, solo que ella había empezado a chillar y a rodar por el suelo. «¿Qué le has hecho?», vociferé. Y luego «¿Qué hago, qué hago?». Y papá contestó «No lo sé, no lo sé, no lo sé, está loca», y salió. Cuando él se marchó, mamá se quedó quieta; luego se incorporó, se inclinó hacia mí y musitó «Solo estoy cansada, Lue, solo estoy cansada».

La última vez que la vi con vida le habían estado haciendo pruebas para saber qué era lo que causaba la epilepsia; me incliné sobre ella para darle un beso y ella me miró y me dijo «Los médicos me han hecho una prueba y dicen que no estoy loca. Díselo a tu padre».

Yo quería mejorar las cosas. Me quedaba tumbada en la cama por la noche, aguzando el oído por si le daba un ataque.

Y, antes de eso, cuando era más pequeña, de niña, me quedaba despierta para ver si se peleaban. Una noche se estaban gritando y mi hermana Punkin, que estaba inmóvil, susurró «Lue, ¿estás despierta?». «No», balbucí yo. Ella se movió un poco. «Bien», dijo.

* * *

Quería arreglar las cosas. Siempre pensé que era lo que se esperaba de mí. Como si hubiese arreglo. Como si yo supiera arreglarlas. Como si yo supiera.

Mi madre se cayó redonda, muerta, en el vestíbulo del hospital, un

mes antes de que naciese mi primera hija. Había ido a hacerse unas pruebas para intentar averiguar la causa de la epilepsia. Yo iba a visitarla cada día, y nos reíamos y hablábamos del bebé que venía en camino. Su primera nieta. Aquel día, un viernes 13 de febrero, estaba lloviendo, pero me puse en marcha pronto porque no había ido a verla el día anterior. Mi tía y mi tío Buddy estaban en la zona de recepción y cuando llegué se abalanzaron hacia mí para decirme «Espera, Lue, espera, aún no ha empezado el horario de visitas». Unos minutos después me fijé en que otra gente se dirigía hacia nuestra ala, así que me encaminé hacia allá, pero mi tía preguntó «¿Dónde vas, Lue?», y yo contesté «Arriba, a ver a mi madre», y todos dijeron a la vez «Lue, Lue, tu madre ha muerto». Me detuve. «No tiene gracia», repuse. Nadie se rio, se limitaron a mirarme y me desplomé, con la barriga gorda como una casa, en la cabina de teléfono, gritando «Ay Buddy ay Buddy, Buddy, Buddy».

Un mes y diez días después nació otra mujer dahomeyana, pero esta llevaba una mezcla mágica.

Las cosas no se desmoronan. Las cosas aguantan. Un hilo delgado que resiste conecta los linajes, y las vidas se convierten en generaciones salidas de fotos y palabras que se conservan. «Salimos de ahí mejor que ellos», decía mi padre, y miro a mis seis hijos y sé que así fue. Caminan con confianza por el mundo, hijos e hijas libres de gente libre, porque mi madre me dijo que la esclavitud fue una cosa temporal, por lo general hemos sido libres, y tenía razón. Y sonrió al decirlo, y mi padre también sonrió, y vio que mis hijos son tan fuertes como mis hijas y que las cosas se habían hecho bien.

Y podría contar las cosas por las que hemos pasado, algunas terribles, algunas maravillosas, pero sé que las cosas que nos construyen son más que eso, nuestras vidas son más que los días de los que están compuestas, nuestras vidas son nuestro linaje y continúan. Escribo eso y juro que veo a Ca’line de pie en el verde de Virginia, en el verde de Afrika, y juro que no deja escapar ni un sonido, pero asiente con la cabeza y sonríe.

Las generaciones de Caroline Donald, nacida en Afrika en 1823, y Sam Louis Sale, nacido en Estados Unidos en 1777, son

Lucille

que tuvo un hijo llamado
Genie

que tuvo un hijo llamado
Samuel

que se casó con
Thelma Moore y la sangre se volvió Mágica y su

hija es
Thelma Lucille

que se casó con Fred Clifton y la sangre se volvió
[completa y

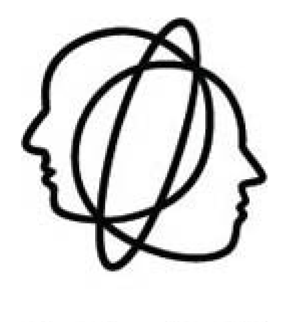
sus hijos son
Sidney
Fredrica
Gillian
Alexiacuatro hijas
Channing
Grahamdos hijos,
y el linaje continúa.
«No te preocupes, caballerete, no te preocupes».

«Veo retrospectivamente los días en que me afanaba
[entre la niebla con lingüistas y polemistas,
No tengo engaños ni pruebas… lo constato y espero».

WALT WHITMAN, «Canto a mí mismo».

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

Mala onda Myriam Gurba
Mis malos pensamientos Nina Bouraoui
El pabellón 3 Bette Howland
Flores particulares Nora Eckert
Punto de cruz Jazmina Barrera
Una familia en Bruselas Chantal Ackerma
Mestiza Maria Campbell



T R Á N
S I T O

Editorial Tránsito es respetuosa con el medio ambiente: este libro ha sido impreso en un papel ahuesado procedente de bosques gestionados de forma responsable.